

determinado que era esto muy conveniente. Ahora bien: el juicio de la Iglesia, que consagra especialmente una clase de personas para tan alto oficio, ¿no debería valer á lo ménos lo mismo que el de un *volteriano*, ó el de un demagogo que piensa de otra manera?

Después, ¿por qué los religiosos no han de saber enseñar? Aun considerando la cosa sólo humanamente, ha de ser todo lo contrario. Un cuerpo regular que tiene por oficio la enseñanza, concentra en aquella obra única todas las fuerzas que los hombres no unidos deben necesariamente distribuir en los mil negocios de la vida. Un cuerpo regular tiene la experiencia, no de uno, sino de muchos, que transmiten sucesivamente á los que les sustituyen el fruto de su experiencia. Solamente un cuerpo religioso puede dar verdadera unidad á sus enseñanzas, porque puede imprimir en todos sus miembros el mismo espíritu; solamente un cuerpo religioso puede inquirir, examinar comparando, y escoger, por consiguiente, los sistemas de estudio más perfectos. Un cuerpo religioso puede daros más segura garantía de sus maestros, ya porque la perfeccion de aquel estado hace más rara la caída, ya por ser el maestro vigilado más de cerca, ya porque se puede remover con mayor facilidad. Un maestro religioso encuentra en las mismas circunstancias mayor libertad para ocuparse en su oficio; en las virtudes propias de su estado, más celo y paciencia para perseverar constantemente, y en el mismo hábito que lleva una autoridad más grande cerca de sus discípulos.

Apelo al buen sentido de mis lectores, y les pregunto: ¿Qué cosa es una religion docente? Un cuerpo de hombres que dicen: Ea; nosotros dejaremos todos los cuidados del mundo; no pensaremos en elegir mujer, ni en sustentar hijos; consagraremos todos nuestros estudios y fuerzas á la instruccion de hijos de otros. Añadiremos á nuestras industrias la oracion y la pureza de la vida, para ser más ayudados por el Señor, sacrificándonos durante toda la vida para empresa tan grande. Ahora bien: ¿qué

probabilidad puede haber nunca de que hombres tales (aplíquese lo mismo á las religiosas) sean ménos á propósito para enseñar que las personas del mundo, ocupadas en sus familias y en cien diversos asuntos? Es el mundo verdaderamente incomparable por sus juicios.

Mas *las monjas... aquellas cabezas ceñidas, ¿qué pueden saber?* Muchas de las cosas sobredichas convienen tambien á las monjas: añadiré, sin embargo, algunas palabras de ellas en particular. Supongo primero que aún querreis que las mujeres den la educacion á las jóvenes. A este fin veo que las familias que toman á pechos la moralidad, ponen á su lado educadoras y maestras: veo que algunos gobernantes pródigos nos regalan tribus de maestras de todas clases y de todas condiciones: veo tambien que el mundo promueve ciertos elegantes colegios de damas graciosas caidas en Italia, de Suiza, de Inglaterra, de París, de no sé dónde, las cuales, al decir de sus protectorés, son verdaderos prodigios de ciencia y de pericia para educar. Os pregunto, pues: ¿no son acaso tambien cabezas ceñidas, aunque simples mujeres? ¿Por qué combinacion terrestre ó influencia del cielo todas las *cabezas ceñidas* se han ido á encerrar en los monasterios que hacen profesion de enseñanza? ¿Por qué razon todos los países que nos mandan aquellas elegantes educadoras no pueden nunca enviarnos religiosas de *cabeza ceñida*? ¿Estaríais en el caso de darnos una razon si no quisiéramos reconocer aún vuestra tan respetable autoridad?

Si no os pareciese bien esta razon, tendríamos aún que hacer os algunas preguntas. ¿Qué maestras podeis regalarnos vosotros los que os burlais de las religiosas? No hablamos del mundo de la luna; habladnos del vuestro. Cónstanos que habeis abierto en todos los centros principales de Italia escuelas que nos forman nubes de maestras. Empero ahora que las garantías están de moda, ¿cómo nos asegurais de que, librándonos de las *cabezas ceñidas*, no venimos á dar en *cabezas vacías é inconstantes*? No niego que, sin mérito alguno de vuestra parte,

contra todos vuestros propósitos y esfuerzos, aún son bastante cristianas no pocas de las jóvenes que se dedican á la enseñanza; mas ¿tenemos verdaderamente obligacion de creer que no hay muchas que, por mérito exclusivamente vuestro, son verdaderas personas sin seso? El modo con que son formadas es ciertamente inconvenientísimo, por no decir cosa peor. Frecuentemente son designados profesores de poca edad para que las amaestren. Determinadas escuelas de ciencias naturales, por malicia de los que las dirigen, lo vienen á ser todo ménos morales. Vienen despues los examinadores seculares, los inspectores seculares tambien, y todos los demás empleados, seculares asimismo, de que dependen aquellas pobres muchachas. ¿Queremos creer que en los exámenes, en las aprobaciones, en la distribucion de los puestos y en los ascensos á los grados superiores sólo se atiende al mérito? ¿No queda excluida siempre la gracia, la hermosura, la estética? Los malignos dicen que en ciertas ciudades hay asquerosas inmundicias, en las cuales se revuelven más que otros los que deberian promover la moralidad. Despues que son investidas con el cargo, ¿á cuántos otros peligros quedan expuestas! Arrójanlas á una y otra parte, fuera de su casa y de su país, haciéndolas ir, si es menester, de un extremo á otro de Italia. ¡Está verdaderamente con absoluto decoro una jóven sola, sin parientes, sin conocidos, con escasisimo sueldo, á discrecion de los alcaldes y de la Junta de ciertas poblaciones! Por añadidura, la mayor parte van con todo el aire y las galas de la ciudad, siendo un objeto de admiracion y estudio para los cuatro pisaverdes del país. Pues de todos necesitan, á todos han de tratar amorosamente; y no habiendo renunciado, como es óbvio, á una colocacion que las libre del pan duro de la enseñanza, ¿qué maravilla si, abandonadas á sí propias, miren con mejores ojos á éste ó al de más allá, ni que, si es menester, planten el baile en su casa, ó figuren en primera línea en las de los otros? Para estar bien con ciertos alcaldes, es preciso estar mal con la parroquia. En su virtud, van á

la iglesia lo ménos posible, y con el ejemplo confirman lo que habian dejado conocer bastante con su negligencia, es decir, que no tienen sentimiento alguno de piedad, ni de religion. Hemos conocido algunas, no sólo frias é indiferentes para las cosas de Dios, sino malas é incrédulas, que sembraban máximas impías y pestilenciales. ¿Qué más? En ciertos institutos gubernativos y municipales quitados á las religiosas, se han visto sectarias como Mopse, formando no pocas otras maestras que despues debian difundirse por los países rurales y por las ciudades. ¡Y con maestras de tal ralea, que nos preparan los actuales gobiernos, hay estúpidos que proscriben la educacion de las religiosas! ¡Ah! Si hubiese de hablar con alguno de aquellos padres que las persiguen: Ea, les diria, obrad segun os plazca, y poned sobre las nubes á vuestras elegantes maestras, seguros de que aún en la vida presente recibireis el premio condigno. Ignoro qué letras y ciencias aprenderán vuestras hijas; pero sé, y lo sabreis mejor aún vosotros por experiencia, que las habreis doctorado en la ciencia del mundo hasta los límites de lo deseable. No conseguireis nunca contentarlas en materia de trajes ó de galas, ni las hartareis tampoco de fiestas, bailes y diversiones. ¡Ay de vosotros si las impedís que vayan ó vean lo que se les antoje! ¡Ay si les prohibís ciertas lecturas! ¡Ay si os escandalizáis de ciertas libertades que se tomarán! Comparadas con ellas, las serpientes y las culebras serán una delicia; pero os quedará siempre abierto el camino de una consolacion. Cuando os faltan al respeto, y os desobedezcan, y vivan sin el temor de Dios, y sean el deshonor de vuestra casa, y el escándalo de vuestra familia, os consolareis sabiendo que saben historia, y física, y aquella magna, profunda y superlativa ciencia que se llama la gimnástica.

Mas sea esto dicho solamente como de pasada, porque las befas de las religiosas son insolencias de hombres irreligiosos, y no discursos propios del que razona. Mucho desconoce lo que son las religiosas quien las maltrata, y lo que son las niñas cristianas

los que juzgan el convento malo para la educacion de las mismas. La profesion solemne de virginidad que hace una mujer cristiana la sublima en sí misma de tal manera, que viene á ser en mano de la gracia instrumento de las más electas operaciones. Ha renunciado á la maternidad terrena por el amor de Jesucristo, y Jesus le da una maternidad espiritual de infinito precio. La religiosa está desprendida del mundo, y conoce mejor sus vanidades; su vida es honesta, por lo cual imprime á cuanto toca un hálito de pureza; su corazon se nutre sinceramente de afectos castos y celestiales, que fácilmente infunde á los demás; el comercio continuo que tiene con Dios en la oracion y en otros ejercicios de piedad esparce una uncion y una gracia sobrehumanas. La enseñanza misma de los elementos de las ciencias humanas no es en ella obra de la naturaleza, sino de la gracia, merced al fin que se propone, al principio de que proviene y á las virtudes con que la suministra. La jóven que miéntras no está contaminada por el mundo tiene un sentimiento muy exquisito de la piedad, percibe aquella celestial áura, respira aquel buen olor de virtudes, y reverenciando en su maestra á una esposa de su Dios, recibe con la mayor facilidad sus enseñanzas.

Y lo necesita, porque quien no desconoce completamente las cosas del mundo, habrá observado que, así como el jóven corre los peligros más graves algo más tarde, la muchacha los corre casi desde sus primeros años. La vanidad y el amor del mundo le son tan connaturales, que no bien abre los ojos á la luz, desea ya placeres. En medio de la vida doméstica, las madres vigilantísimas y sólidamente cristianas, ni pueden lograr casi reprimir de algun modo aquella inclinacion peligrosa, porque todo en el mundo concurre á fomentarla. Las conversaciones que oye á otras muchachas, y, lo peor es, á mujeres ya envejecidas, no versan nunca sino sobre trajes, galas, modas, citas y mundanalidades; los ejemplos que ve de lujo, de pompa y de fausto en los vestidos, las adulaciones que recibe de los que frecuentan la casa, ó de los que sirven en ella,

son continuas; la misma necesidad de adornarla cuando sale de casa hace inevitable casi dicha inclinacion. Todo esto le da tal manía de placeres, de adornarse y componerse, que no se podría creer si no hubiera ejemplos precoces en casi todas las familias.

Sébase ahora (y así lo advierten las madres) que por esta pasion se siguen á la niña, y despues á la mujer, los mayores daños que se pueden sufrir. Si el amor al mundo insinúase en aquellos corazones y á ganarlos llega, es inútil pensar ya en una sábia educacion. Nunca se inclinará su mente á la piedad, ni su corazon á la Iglesia y á los Sacramentos, ni adquirirá jamás virtud alguna. Los mismos estudios que haga los hará en cuanto puedan hacerla sobresalir: se perderá de dia y de noche en los cuidados de su cuerpo, en pulirse, arreglarse, embellecerse; enfadaráse con su madre, y murmurará de su padre si no se satisfacen todos los caprichos de su vanidad. Esto para el presente: amáganle para lo futuro otras caidas bien diversas. El mundo, astutísimo para conocer las debilidades ajenas, la conducirá donde quiera, y con los halagos, con las lisonjas y con las adulaciones intentará primero hacerla mala hija, despues, á su tiempo, esposa infiel y madre descuidada: ¡permítame Dios que á escandalizar no llegue públicamente! Ni hallará en la piedad, que no ha tenido nunca, ni en la religion, que conoce sólo superficialmente y por algun hábito exterior, la fuerza que necesitaria para defenderse contra la seduccion. Quien considere atentamente las que han dado tal salida, hallará frecuentemente que la razon secreta es lo que al principio sólo pareció un poco de vanidad y de amor mundano.

Para todos estos males gravísimos no hay otro remedio más apropiado, más radical, y añadiré más suave, que un convento. Este sustrae la pequeña vírgen á los cuidados de la familia, de los dependientes y de los de afuera, sustituyéndoles con prácticas y ejemplos completamente distintos. En el monasterio, durante algunos años, no halla ningun incentivo para la vanidad de vestir, porque

cualquier traje le basta. Entre tanto, adquieren fuerza en ella los principios cristianos, únicos que pueden refrenarla. Más que la voz, el ejemplo de sus educadoras y de sus compañeras la confirman, por lo cual eficazmente consigue su objeto. Y lo que vale más, lógralo con gran suavidad. El cuidado amoroso que la religion sugiere á tales educadoras hace que las muchachas les cobren amor. El consorcio de tantas otras compañeras forma aquellos vínculos que, estrechados á la sombra del altar, son entónces y serán quizás los más dulces y sinceros de toda la vida. El órden que ha de conservarse en el colegio rompe mil veces la voluntad propia, sin que ninguna ose resentirse, porque advierte que las demás se conforman. La asiduidad de las lecciones forma en ellas el hábito de la vida ocupada; la uncion de la piedad, la gracia de los Sacramentos, recibidos con alguna frecuencia, las instituciones propias y las francas confianzas de las madres desenvuelven en aquellos corazones y fecundan la semilla de todas las virtudes. Es cierto que no las hacen impecables para el porvenir todos estos esfuerzos, siendo evidente que tendrán siempre la mísera libertad de poder distraerse y desviarse; mas tambien lo es que las esposas más perfectas, las madres de familia más sábias y las matronas más venerables, segun atestigua la experiencia, salen siempre de los monasterios.

Sólo una clase de mujeres no sale del claústro: si bien con un poco de vergüenza en el semblante, preciso es confesarlo. No sale la mujer patriótica, ni la que recama banderas, hace demostraciones, habla, perora y recoge suscripciones por la doble causa de Italia: pero ¿qué queréis? No se pueden lograr todos los bienes sobre la tierra. Si hay alguno que ame á éstas más que á las otras, no se desespere, porque el siglo, segun la marcha que lleva, se las proporcionará en abundancia; pero no se queje despues si es preciso conceder alguna libertad individual á la que tanto perora por la de la patria.

IV. Finalmente, contra los religiosos y las religiosas que se ocupan en la educacion, se opone

que quitan el pan á los seglares, y que hacen perder á los hijos el amor á sus padres: dos dificultades verdaderamente pueriles, que, sin embargo, dan en qué pensar á más de una cabeza poco firme. En cuanto á la primera, pregunto: ¿de dónde se sacan los religiosos y las religiosas? ¿Nos caen del cielo, ó bien proceden de la sociedad? Si son ciudadanos, como los demás, nuestros compatriotas, nuestros hermanos y nuestras hermanas las que se destinan para tal oficio, ¿qué os importa, ni qué importa al gobierno justo é imparcial que aquel dinero con que se retribuye á los maestros vaya más bien á maestros religiosos que á maestros seculares? ¿No son ciudadanos del Estado los que desempeñan el empleo y perciben la retribucion? ¿Pierden quizás el derecho de ciudadanos porque vistan de negro ó de gris? ¿Adquieren los demás sobre ellos un privilegio porque vistan de azul ó encarnado? ¡Qué extrañeza! Debiera, por el contrario, importar muchísimo á un gobierno pródigo preferir á los religiosos, ya porque le ofrecerian garantías incomparablemente mayores de moralidad, ya porque los sostendria con mucho menor dispendio. Sólo á la sabiduría incomparable del municipio de Turin so pudo permitir que, tras una sutil pesquisa sobre las escuelas admirables de los Hermanos de la Doctrina cristiana, de la cual se sacó que estaban perfectamente dirigidas, las aboliera, confesando, por añadidura, que debería gastar más del doble para reemplazarlas: los que no comprenden tales razones, ni respiran aquellas áuras, teniendo la sencillez de creer hurto toda disipacion de los fondos públicos, y ventaja toda mayor garantía de moralidad, no pueden aún presentar la objecion sobredicha.

La otra es que los religiosos quitan á los hijos el amor á sus padres y lo atraen á sí. Si esta dificultad se presentase por personas serias, se podría responder á ella seriamente que tan falso es lo dicho, como verdadero que la educacion religiosa, arraigando en las almas los principios del deber, y fortificándolos todos, se detiene de una manera especial en los relativos á los padres: se podría con-

firmar esta observacion con la experiencia y con el ejemplo de innumerables jóvenes de ambos sexos, que cuando estaban en su casa desobedecian á sus padres, pero que despues de algunos meses de educacion se presentaban á ellos reverentes y amorosos: como estas dificultades se fundan generalmente en impertinencias, de las cuales hacen muchísimo caso ciertos padres, y sobre todo ciertas madres poco perspicaces, responderé de otra manera. Ven que cuando sus hijos las visitan no se ponen á besuquearlas eternamente como ántes, y no alcanzan que la educacion les ha mejorado, y que á la confianza excesiva, que quita todos los nervios á la educacion, háse añadido la reverencia que precisa es para los padres, si éstos han de guiarlos algun dia. Se inquietan á veces si no reciben cada correo carta, atribuyéndolo á falta de cariño, y no saben que no depende sino de ligereza juvenil, que huye de añadir á las fatigas acostumbradas del estudio y aplicacion, la de multiplicar aquellas. Hay hasta padres que fruncen las cejas al advertir que su hijo ó su hija vierten algunas lágrimas al salir del colegio ó del monasterio, y no saben comprender que el júbilo de estar en su compañía no prevalezca sobre los demás afectos. Este asombro nace de no conocer el corazon humano. No alcanzan la dulzura inefable que tienen los compañeros de la infancia, los primitivos maestros, y hasta la materialidad de los sitios habitados, de las escuelas y de la capilla, partícipe de tantas suaves afecciones; deploran, en una palabra, que sus hijos tengan un buen corazon y no puedan olvidar de repente todos los beneficios que Dios les ha dispensado mediante una educacion cristiana. Baste lo dicho sobre estas dificultades. Quede que no son aún completamente inútiles para la educacion los religiosos, y ni siquiera las *cabezas ceñidas*.

CAPÍTULO XXIX.

Países católicos.

I. El pueblo católico es el más misero.—II. Los hombres no reconocen como buena la religion si no resulta fuente de bienestar.—III. Prosperidad de Inglaterra.

Hace algun tiempo acostumbra el mundo á deducir de tal modo de la utilidad material el verdadero bien, que ni aun cuando habla de religion se sabe abstener de tal norma. Ni la religion le parece verdadera ó buena si no proporciona ventajas temporales. Como hay algunos necios que, seducidos por las apariencias, creen que otros países de religion diferente de la nuestra han tocado el cielo con la mano por lo que hace á la prosperidad, consideran andrajos é inmundicia cuanto hay entre nosotros, y echan la culpa de nuestra pretendida degradacion al Catolicismo que profesamos. Importa, pues, examinar un poco tal acusacion, de levísima monta en sí, pero que parece de la mayor importancia por el amor desmesurado que tenemos á los bienes sensibles.

I. Ante todo, pues, ¿quién os ha dicho que la religion *debe traer temporal prosperidad*? Esto que suponen no pocos primer principio en este asunto, es la falsedad primera. La religion, por su naturaleza, se ha hecho para objeto que apártase mucho del de proporcionar ventajas materiales: Jesucristo vino á la tierra para establecer entre los hombres los principios de lo verdadero, de lo justo y de lo puro hácia Dios, como tambien de la caridad y de las virtudes individuales y sociales hácia los hombres; vino para traer conocimientos que la humana naturaleza no podia proporcionar por sí, para ofrecer medios que la naturaleza no tenía absolutamente á su disposicion, para esparcir tesoros de